
Presentación de la Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales

Diversos son los propósitos que orientan a la Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales en su nueva época. Dentro de éstos, un lugar destacado ocupa la recuperación de la reflexión teórica como un hilo conductor del desarrollo científico. Para tal fin se ha acordado la incorporación de una sección permanente, dedicada a problemas de la teoría y del método, que aspira a ofrecer al lector aportes tanto sustantivos como analíticos a la conceptualización, delimitación y tratamiento de problemáticas específicas, así como acercamientos lógicos y metodológicos al conocimiento de dichos problemas. Este doble criterio que anima la sección le confiere una especial potencialidad didáctica a la publicación puesto que en efecto, el quehacer de la teoría social y política ha transitado (y transita) por ambos ejes. Toda vez que la teoría y la indagación de los fenómenos sociales y políticos sostiene, junto al referente de la realidad, un permanente diálogo y discusión con cuerpos teóricos precedentes (y simultáneos), ello se da tanto a nivel de los contenidos afirmados como a nivel de los cánones lógicos de la argumentación.

En el marco de esta atención generalizada a las cuestiones teóricas, un lugar central le fue

conferido a la Filosofía Política en el número 150 de la Revista. Con ello, junto a la posibilidad de ofrecer un foro especializado de expresión a las actividades académicas que nuestra comunidad realiza, la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas* ha encontrado de suma relevancia recuperar aquella tradición compleja y variada de pensamiento forjada a través de la historia, como bien ha señalado Richard Wolin, por la continuidad de ciertas preocupaciones a pesar de la diversidad de respuestas teóricas y metodológicas. De hecho, ha sido esta continuidad de inquietudes en torno a la posibilidad y a las formas de la convivencia colectiva la que ha sumado perspectivas que han dibujado los contornos de lo político y la que ha constituido un campo y una tradición de saber con múltiples respuestas y propuestas. Más aún, la tradición de la filosofía política ha fundado y dotado de significado al propio ámbito de la política, toda vez que “ni la designación de ciertas actividades y ordenamientos como políticos, ni nuestra manera característica de pensar en ellos, ni los conceptos con que comunicamos nuestras observaciones y reacciones, se hallan inscritos en la naturaleza de las cosas, sino que son el legado de la actividad histórica de los filósofos políticos” (Richard Wolin, *Política y Perspectiva*). De allí que concluirá acertadamente Wolin, si aceptamos que un campo de indagación es, en importante medida, producto de una definición, el campo de la política puede ser considerado como un ámbito cuyos límites han sido

establecidos a lo largo de siglos de discusión política, de filosofía política.

Desde una óptica complementaria, la relevancia que ha tenido la tradición filosófica en la conformación de la propia realidad se ve destacada si recordamos que la política, en tanto práctica, ha estado siempre precedida por un discurso que refleja la necesidad de conceptualización y de argumentación, por lo que el discurso filosófico político ha incidido sobre la propia configuración política de la realidad que nos toca vivir, pensándola y dotándola de significado. Operación mediada por el compromiso con esa tradición que necesariamente toma distancia de la empiria, la piensa y la significa. Es por ello, dirá Sartori, “que la fragua de la evolución simbólica se encuentra propiamente en el pensamiento especulativo. El sentido de la vida, de sus valores, de sus exigencias, de sus ideales —en suma, una *Weltanschauung*— se alcanza y se elabora ‘ideando’: no encuentra su fermento en el *percibir* sino en el *concebir*”. (G. Sartori, *La Política*). Ambito privilegiado de reflexión especulativa que no invalida ni debe verse invalidado por un pensamiento científico u operativo. Imaginación y visión, conocimiento y proyecto, realidad y normatividad, comprensión imaginativa y vocación por la formulación de directrices, todo ello ha nutrido esta tradición de indagación que en el siglo XX ha sufrido serios embates:

— Desde su propio seno, a través de un proceso gradual pero

continuo de una modernidad que desde el liberalismo reclamó la superioridad de la practicidad y de la acción por sobre la filosofía, primero, y la relevancia de la economía y de la sociedad por sobre la política, después.

- Desde el discurso científico, el embate se ha manifestado en el cuestionamiento de la filosofía, a partir de una imputada superioridad de un conocimiento más apto y propenso al descubrimiento y a la sistematización especializada.
- Desde los propios hitos del desarrollo histórico del siglo XX, la embestida parece provenir de las promesas incumplidas de una razón (filosofía) emancipadora que se habría extendido hasta negarse en las propias convulsiones de este siglo.

Frentes diversos que han cometido contra la filosofía política y que reflejan, de un modo contradictorio, el propio hacerse de una modernidad que ha oscilado y oscila entre su propio cuestionamiento y la negativa a los cuestionamientos esenciales.

Embates que han incidido sobre esta tradición discursiva que, afortunadamente, va más allá del cementerio de nuestro siglo, en el que hemos asistido a la proclamación de tantas muertes: de las ideologías, de la historia...

¿No habremos asistido sin mayores proclamas a otra muerte, la de la filosofía, que habría asumido la forma menos heroica

de una proclama pero más implacable y sutil de una crónica (la de una muerte anunciada)?

Un modo de responder a esta pregunta está dado por el propio testimonio de la diversidad de exponentes de la filosofía política del siglo XX reunidos en el número 150 de la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* que dan cuenta de la pluralidad de respuestas contemporáneas que configuran esta tradición.

Otro modo de responderla se encontraría en la necesidad y conveniencia de deslindar entre los grandes cuerpos ideológicos y la filosofía, como tradición discursiva. Si el fin de siglo que nos ha tocado vivir ha testimoniado los límites de las aventuras de grandes diseños ideológicos que buscaban moldear y perfilarse la realidad y construir el sentido de la historia como el despliegue de un principio único

de organización, sea éste cual fuere, no olvidemos que con ellos no llegó a su fin la filosofía. Esta última, si bien es el resultado de una creación histórica cambiante, en tanto tradición discursiva tiene un perfil y una identidad propios.

De allí que podríamos finalizar, recordando con Sartori que, ante el complejo panorama del conocimiento que el siglo XX continúa exhibiendo, entendida la verdad como "la *finalidad* de nuestras exigencias cognoscitivas", es necesario visualizar diferentes planos o niveles de verdad en los que se desenvuelve el conocimiento. Así planteado, la filosofía política y la ciencia política representan planos diferenciales, deslindables e interactuantes, por lo que la *legítima coexistencia* del discurso filosófico y del científico puede arrojar nueva luz y riqueza a la teoría del fin de siglo.

Judith Bokser